

Psicología del beisbol

Por ENRIQUE GUARNER

EL deporte del beisbol está lleno de paradojas puesto que fue creado a mediados del siglo pasado y sin embargo, es tan moderno como un cohete en el espacio. Aparentemente resulta lento y no obstante, desafío a cualquiera a demostrarme que existe un lance que sea más rápido que una «doble matanza». Por otra parte tiende a constituir una diversión que parece fácilmente entendible, pero cuya estrategia es tan complicada que requiere de una alta inteligencia para decidir una simple jugada.

Cabe preguntarse sobre la fascinación norteamericana con las estadísticas voluminosas que reflejan lo mejor y lo peor de aquella nación. Dentro del beisbol se han vivido escándalos como el que se vendiera la Serie Mundial de 1919, o el que se prohibiera por casi cien años, el que la raza negra participara en el deporte integrado con la blanca. Sin embargo, junto a la anterior existen episodios plenos de ternura como el afecto de Babe Ruth por los niños, el valor de Lou Gehrig, quien siguió jugando a pesar de sufrir una enfermedad incurable; o el puertorriqueño Roberto Clemente muriendo en un accidente de aviación por auxiliar a los nicaragüenses víctimas de un terremoto.

Es por ello que el beisbol es un juego lleno de héroes desde Ty Cobb hasta José Canseco, o de Cy Young llegando a Fernando Valenzuela y de McGraw hasta Lou Piniella.

Podría afirmar que no conocí el juego hasta que llegué a México y todo sucedió por una simple casualidad. Mi hermano Vicente y yo quisimos ver en el antiguo parque Asturias un partido en el que se enfrentarían el España y el Atlante, pero por sobreprecio no pudimos entrar. Fue en el camino de regreso a casa, que decidimos pisar el umbral del Delta en el que jugaban las novenas del Veracruz y el México. De aquel evento sólo recuerdo que un forniko negro disparó un cañazo de vuelta entera, el cual provocó que la gente se parara de sus asientos y alguien a mi lado exclamó: «Ha sido un homerum de línea». En aquella época no pude descifrar lo que significaba, pero sí averigüé el nombre del bateador: Joshua Gibson.

Por esos mismos años, principios de los cuarenta, tuve la suerte de ver lanzar y actuar a uno de los jugadores más versátiles que hayan existido, el enorme Martín Dihigo. Este extraordinario pelotero cubano podía aventurarse en cualquiera de las nueve posiciones y ser excelente en todas. También recuerdo al parador en corto Willy «El Diablo» Wells, capaz de doblar a segunda base tirando la pelota por detrás de su espalda. Estos atletas unidos con: Monte Irvin, Billy Wright, Raymond Dandridge y otros grandes jugadores de color despertaron mi afición por este deporte. Tengo que agregar que en aquellas épocas se reunía en México un conjunto de maravillas cubanas, destacando más que ninguno el «Slugger» Roberto Ortiz, el cual no estaba solo, dado que competía con: Alejandro Crespo, Pedro Formental, Santos Amaro, Claro Duany, Silvio García, Ramón Bragaña, Lázaro Salazar y tantos más. Asimismo había magníficos jugadores mexicanos como el elegantísimo Angel Castro, el completo Beto Avila, o el estupendo lanzador Daniel Ríos.

En 1946 presencié una temporada fenomenal cuando Jorge Pasquel reunió aquí algunos buenos jugadores de las Ligas Mayores y conocimos a Max Lanier, Salvatore Maglie, Danny Gardella, Lou Klein y otros, quienes unidos con los que he mencionado anteriormente nos dieron un año inolvidable.

En 1956 fui residente en Psiquiatría en San Luis, Missouri y vi a los Cardenales, equipo que desde entonces se convirtió en mi favorito. Allí todavía alcancé a Stan Musial y a Clete Boyer, pero debo reconocer que durante las dos temporadas que presencié dominaban los Dodgers de Brooklyn con: Roy Campanella, Jackie Robinson. Duke

Snider, Don Mewcombe y tantas estrellas. Tengo que confesar que a partir de aquella época solamente veo beisbol a través de la televisión.

Al igual que con el futbol también tengo partidos favoritos que tuve la suerte de ver. El 24 de mayo de 1946 en el antiguo parque Delta, hubo un juego inolvidable entre el Puebla y los Azules del Veracruz, el cual duró diez entradas suspendiéndose finalmente por lluvia. Tanto Harry Feldman como Salvatore Maglie, que fueron los lanzadores, tuvieron una actuación impecable y el partido mantuvo en constante tensión a los espectadores quienes se llagaban las manos de aplaudir. La emoción residía en hacer una carrera y el fildeo resultó impresionante con una atrapada del «Huevito» Alvarez que es imposible relatar.

Otro juego inolvidable sucedió un mes después el 23 de junio de 1946 entre el Nuevo Laredo y el México. Duró 12 episodios llenos de lances brillantes. Por el equipo rojo lanzaron, Tomás de la Cruz, Carrasquel y Freddie Martin, en tanto que por la junta lo hicieron Loe Lindsay y Agapito Mayor, quien finalmente ganó el partido, 4 a 3.

De los incontables eventos que vi en Estados Unidos mi favorito fue uno entre Dodgers y Cardenales que enronqueció las gargantas de los que lo presenciábamos. Por televisión tuve la suerte de seguir episodios tras episodios la hazaña de Don Larsen al lanzar un juego perfecto en Serie Mundial. Aquello resultó magistral y todos los residentes del hospital psiquiátrico nos comíamos las uñas hasta que se consumió el último out.

Factores psicológicos

Lo primero que tenemos que decir es que el juego de beisbol se originó en Estados Unidos y se identifica marcando por contrastes la identidad de aquella nación. En realidad, en ella existe un aislamiento desafiante con respecto al resto del mundo que prefiere al futbol. El llamado «deporte nacional» norteamericano se opone al internacionalismo de sus inmigrantes que provienen de los lugares más diversos. En un país donde florece la cooperación haciendo que la persona pase desapercibida por la ruinosa competencia, se permite a través del deporte el triunfo del individualismo. Podría afirmarse que se lucha con la «standarización» imponiéndose la personalidad, o bien, la responsabilidad contra el cinismo de la riqueza.

En Estados Unidos, el ser humano es parte de una máquina y efectúa sus mismos movimientos. El trabajador no tiene más remedio que admitir que su cuerpo está mecanizado y que su fuerza muscular y coordinación no son más que elementos materiales explotables económica y eficientemente, por lo que debe aprender rutinas y repetir las sin cesar.

Al ver el campo de beisbol lo primero que observamos es que los dos equipos están compuestos por el mismo número de jugadores quienes en su intento por anotar carreras toman turnos iguales al bat. El diamante se presenta elaboradamente marcado con tiza entre sus bases con el propósito de validar o anular jugadas y determinar si hubo un «hit», o un «foul»; si se produjo «safe» o «out».

Cualquier persona que presencie un partido queda abrumada por los números, que son lo más abstracto de los símbolos y que deciden las carreras producidas, los promedios de bateo y fildeo, los errores, las dobles matanzas, etc. Aún los mismos jugadores resultan impersonales con cifras y nombres en sus espaldas. Todos ellos obedecen señales indescifrables y muchas veces ridículas, actuando lo mejor posible y al final siempre habrá un ganador y también un buen perdedor.

La competencia es legitimada por los «umpires», seres carentes de sello, de los cuales rara vez se conocen sus apellidos. Estos árbitros vestidos de oscuro son implacables y solamente en jugadas apretadas surgen protestas ante las cuales nunca se inmutan y con frecuencia simplemente vuelven la espalda ante el abucheo de los



espectadores.

En el beisbol en contraste con las corridas de toros donde impera el heroísmo, la menor lesión hace que el pelotero abandone el campo. Para atenderlos existen: litros de ungüentos, anestésicos locales, tratamientos de hielo o calor, etc. Se protegen con todo tipo de medidas los brazos de los lanzadores, los cuales son relevados en el instante que muestran el menor signo de fatiga.

Tengo que agregar que el beisbol es un paraíso para los psicoanalistas. Los signos orales operan sin cesar, puesto que los peloteros mascan goma, tabaco y escupen constantemente. También se pueden detectar los aspec-

tos anales cuando se anotan carreras y la felicidad se externaliza con palmadas en la región glútea. Tampoco se puede negar el simbolismo fálico que representa el bat y sobre todo en el denominado «palo de vuelta entera».

El beisbolista está lleno de supersticiones y rituales. Antes de lanzar se efectúan todo tipo de movimientos compulsivos; restregar incansablemente la pelota, tocarse varias veces la visera o ajustar la manopla sin cesar.

Podríamos concluir que el beisbol da las mismas oportunidades a un pueblo democrático que expresa con él su agresividad.